

1914

La gran hecatombe: el suicidio de Europa

Se ha conmemorado este año el primer centenario de la que se llamó “la Gran Guerra”, la Primera Guerra Mundial. Se cumplen cien años de este magno conflicto bélico que acabó involucrando a la totalidad del planeta y que comenzó con los disparos que segaron la vida del heredero del Imperio Austro-húngaro. Un capítulo trascendental en la Historia de la Humanidad cuyos efectos todavía estamos sufriendo en nuestros días. Un capítulo terrible, horrendo y estremecedor, en la Historia de la Humanidad.

1.- Centenario lamentable y sangriento

La Primera Guerra Mundial, la Guerra del 14, fue una guerra de consecuencias brutales, inesperadas y sobrecogedoras para la Humanidad. Puso fin a una época y dio inicio a un tiempo nuevo cargado de amenazas y hechos preocupantes. Pocos acontecimientos históricos tan importantes, y con tan tremendas repercusiones, como esta primera guerra de ámbito mundial.

Se dijo que esta iba a ser la guerra que pondría fin a todas las guerras, y por el contrario abrió un horrendo período de guerras, violencias, revoluciones, rebeliones subversivas y conflictos armados cuyas secuelas aún duran y siguen teniendo un eco ininterrumpido en el afligido mundo de hoy. Entre otras cosas, la Guerra del 14 o Gran Guerra condujo a nueva guerra mundial, mucho más terrible, con una capacidad destructiva y unos efectos demoledores insospechados, pues terminará como guerra atómica o nuclear, así como con brutales genocidios y procesos de cruel limpieza étnica.

Es esta, de 1914, una fecha de tal significación histórica que resulta obligado detenerse en su análisis y reflexionar con hondura sobre sus causas, vicisitudes y consecuencias. No es extraño por ello que durante el presente año se haya venido publicando una abundante literatura, con libros y artículos, así como infinidad de conferencias, programas de radio y televisión, sobre este trascendental capítulo de la Historia humana. Es una producción editorial y cultural que está plenamente justificada por la relevancia del acontecimiento conmemorado.

Es ciertamente muy oportuno llamar la atención de nuestros contemporáneos sobre un acontecimiento de tal importancia, que contribuyó decisivamente a la configuración del mundo tal y como hoy lo conocemos. Se echa a faltar, no obstante, en la mayoría de los enfoques y análisis, la necesaria objetividad, la más elemental ecuanimidad en el tratamiento de la cuestión, así como una mayor hondura y una más alta perspectiva a la hora de analizar, juzgar y valorar los hechos.

Entender la Primera Guerra Mundial resulta fundamental para entender el mundo actual. Conocer y comprender bien sus causas, sus principales vicisitudes, sus consecuencias y derivaciones es condición indispensable para poder analizar el mundo en que ahora vivimos. No se puede entender bien el desarrollo del siglo XX sin profundizar en el conocimiento de este brutal estallido ocurrido justamente en los albores del siglo. No es posible aprehender cabalmente los procesos que han conducido a la situación en que hoy nos encontramos si no se tiene la menor idea de lo que significó la Gran Guerra, de las fuerzas que la desencadenaron y en ella intervinieron, de sus causas, sus vicisitudes y su desenlace. No podrá captar en toda su envergadura y verdadera significación los hechos históricos que tienen lugar en del siglo XX y, por tanto, en el nuevo siglo XXI, su heredero y continuador, quien no haya estudiado a fondo esta primera conflagración mundial.

Puesto que el orden o desorden internacional que hoy padecemos, así como los principales rasgos de la civilización hodierna, arrancan en última instancia de la Primera Guerra Mundial, no es posible interpretar todo ello cabalmente sin dirigir la mirada hacia este importante capítulo de la Historia reciente. Nadie que no haya penetrado en los entresijos de este horrendo conflicto estará en condiciones de captar en toda su magnitud y envergadura la situación por la que actualmente atraviesa la Humanidad, con sus múltiples y complejas implicaciones, así como en su profundo significado dentro de la evolución global del género humano.

Por todas estas razones, no podríamos ignorar la conmemoración de un capítulo histórico tan decisivo. Sin lugar a dudas, es muy necesario reflexionar sobre las causas que llevaron a este descomunal desastre. Resulta no sólo conveniente, sino absolutamente indispensable, **ahondar en los motivos, los intereses y las fuerzas que desencadenaron esta guerra civil europea**, que acabaría convirtiéndose en guerra mundial. Pero hay que hacerlo liberándose de los esquemas impuestos por los intereses políticos, la pasión nacionalista, la ideología y la propaganda.

Hemos calificado de lamentable, además de sangrienta, la importante conmemoración de este año 2014. Y ello por dos razones principales: en primer lugar, por los muchos recuerdos funestos, tristes y descorazonadores que tal conmemoración trae a la memoria; pero también, y esto no es menos importante, por la manera deplorable en que se manipulan, distorsionan y deforman acontecimientos de tal gravedad, tan luctuosos y nefastos. No puede menos de calificarse como deplorable el tono triunfalista con que oficialmente se celebra esta fecha, como si de un hito redentor y una gesta beneficiosa para la Humanidad se tratara.

La guerra se inicia en Agosto de 1914 y termina en Noviembre de 1918, con la victoria de los Aliados y la derrota de los llamados Imperios centrales, junto con las naciones o potencias a ellos vinculados, que se irán rindiendo uno tras otro ante la dificultad o la imposibilidad de continuar la lucha. Dura, pues, cinco largos años y **se cierra en 1919 con la firma del Tratado de Versalles**, que pone fin a la contienda. Un tratado inicuo, que da idea de la catadura moral de los vencedores, los cuales se ensañan con los vencidos haciendo recaer sobre ellos toda clase de castigos, amputaciones territoriales, penas y sanciones, muchas de ellas afrentosas, de difícil cumplimiento y casi imposibles de soportar. Se dirá, con razón, que **más que un tratado de paz el Tratado de Versalles es un tratado de guerra**, pues está sembrando la semilla del próximo conflicto bélico.

En el bando perdedor la derrota y rendición irá seguida de graves problemas políticos y sociales, con la crisis y el hundimiento de todas sus instituciones, lo que dará lugar a un período de inestabilidad y fuertes conflictos en toda Europa. A consecuencia de las astronómicas reparaciones impuestas a los países vencidos, que son prácticamente imposibles de pagar, se hundirán en una total ruina económica, lo que va a provocar tensiones sociales sumamente graves y fuertes estallidos de violencia, con episodios revolucionarios a veces sangrientos.

Los vencedores tampoco se verán exentos de problemas, como veremos, ya sea por el descontento de la población ante la guerra y sus resultados, considerados completamente insatisfactorios en algunos casos (como ocurrirá en Italia y Japón), ya sea por las crisis políticas, por la problemática incorporación a la vida cotidiana de las masas de excombatientes y por las convulsiones sociales y económicas a las que ha ido dando lugar el largo proceso bélico.

En el presente trabajo intentaremos aportar algunos enfoques que creemos importantes para comprender la magnitud de la que con razón recibió el nombre de “Gran Guerra”, así como su verdadera significación histórica y su engarce en la Historia posterior de Europa y del mundo. Pues no hay que olvidar en ningún momento que, como trataremos de mostrar y se ha repetido con insistencia por los más diversos autores, el mundo actual es en definitiva el resultado de la Guerra del 14 y de las consecuencias que trajo consigo. Hay un hilo conductor que va desde 1914 hasta nuestros días, apuntando por tanto hacia el día de mañana y hacia las cosas que vendrán en el futuro.

Veremos también **qué lecciones pueden extraerse del gran drama** de la Guerra del 14, lecciones de vital actualidad, válidas para la Humanidad del presente y que ayuden a evitar errores semejantes a los de entonces; pues las lecciones que se nos brindan a todas horas desde los terminales propagandísticos y los medios de adoctrinamiento de masas no son nada fiables y, por su manifiesta falsedad, resultan muy poco o nada provechosas, resultando más bien perjudiciales y funestas.

Vamos a tratar de descifrar el significado más profundo de este importante acontecimiento histórico, desentrañar sus causas, sus diversas implicaciones y derivaciones, apartándonos de las interpretaciones ideológicas y propagandísticas al uso. Lejos de los enfoques que hoy se nos ofrecen, contemplaremos y analizaremos los hechos desde una perspectiva más alta, trascendente, intemporal, metapolítica y metahistórica, que nos permita ir hasta el fondo de la cuestión, penetrar hasta los más ocultos entresijos de la realidad histórica y humana.

Coincide, por cierto, este centenario bélico con otro, muy distinto aunque inseparablemente ligado a él, de tipo más personal o individual, y también digno de ser recordado, como es **la muerte del escritor francés Charles Péguy** [pronunciado “peguí”], caído precisamente en el campo de batalla de esta terrible guerra civil europea en los primeros meses de la contienda.

Péguy, gran patriota, hombre de hondo sentido religioso, poeta y pensador conocido sobre todo por su recuperación de la figura de Santa Juana de Arco y por la exaltación de los valores tradicionales de la mejor cultura francesa, así como por su crítica de los excesos de la civilización capitalista y materialista, que se ha adueñado de los pueblos europeos, y por su defensa de la cultura popular, artesana y campesina de la vieja Francia, inspirada en los valores heroicos del honor y la dignidad heredados de la Antigüedad y de la Edad Media. Péguy muere el 5 de Septiembre de 1914 en la batalla del Marne, una de las más horrendas de esta horrenda guerra.

Mis lectores habrán encontrado en mis obras frecuentes citas de este gran autor francés, una de cuyas obras más conocidas y recomendables es sin duda *L'argent* (“El dinero”), encendido alegato contra el poder corruptor del dinero y su influencia deletérea en la sociedad moderna. He aquí una figura que merece ser recordada y presentada como ejemplo a la juventud actual. Un escritor del que todos podemos aprender mucho, por la lucidez de sus enfoques y planteamientos. Un hombre que podemos tener como modelo, sobre todo por su autenticidad, por su sencillez, por su patriotismo, por su religiosidad, por su sentido poético y su actitud heroica ante la vida.

2.- Necesidad de una visión objetiva y ecuánime

La imagen que se nos ha inculcado de la Primera Guerra Mundial es la de una conflagración originada por la soberbia y la loca ambición del Káiser Guillermo II y por el afán de poderío de Alemania, nación brutal, militarista y belicista por antonomasia. Nada más falso. Es esta una imagen o una idea pergeñada por la propaganda, que no responde en absoluto a la realidad. Sería difícil encontrar una deformación más grosera de la verdad histórica.

Alemania y Austria-Hungría serían, de acuerdo a este simplista y torpe esquema, **los culpables de la guerra**. Fueron los únicos responsables de ella, los que la desencadenaron, con su estrechez de miras avariciosas, su prepotencia y su espíritu pendenciero. Los dos imperios con dirección alemana son, en una palabra, **los malos de la película**, los agentes malignos de la Historia.

Se nos presenta también la Primera Guerra Mundial como una **lucha entre la libertad y la tiranía, entre la civilización y la barbarie, entre la democracia y la autocracia despótica y opresora**. Y su terminación, con la victoria aliada, o sea, de franceses y anglosajones, nos es presentada como un triunfo de la libertad, del orden justo y legítimo. Así lo han subrayado muchos mensajes de dirigentes políticos en las celebraciones oficiales de este año. Pero esto no es más que una grotesca patraña.

De acuerdo a esta visión, la Primera Guerra Mundial supuso, en definitiva, un avance histórico de la Humanidad en su marcha hacia adelante, en el imparable camino de progreso y liberación iniciado desde siglos atrás. La Primera Guerra Mundial, junto con la Segunda que fue su continuación, habría sido un capítulo decisivo en la marcha victoriosa de la democracia, lo que es tanto como decir del bien, la libertad y la justicia. Todo el mundo parece estar convencido de que las dos guerras mundiales abrieron una nueva era, más libre, más humana, más pacífica, más respetuosa con el derecho y la legalidad internacionales. Gracias a ellas los pueblos del mundo se liberan de la tiranía y el despotismo que los oprimían o les amenazaban desde las posiciones de esos poderes retrógrados bajo liderazgo teutónico.

Para apoyar semejante interpretación, lógicamente y como era de esperar, se ocultan y silencian hechos importantes y altamente significativos, mientras se inventan otros que no existieron (sobre todo, relacionados con atrocidades y monstruosidades varias); se lanzan consignas y lemas que no hacen sino enturbiar el ambiente; se elaboran argumentos y relatos poco o nada fiables; se forjan esquemas simplistas y artificiales completamente alejados de la realidad; se atribuyen al enemigo derrotado (al que se le impide expresarse y explicar sus razones o su verdadera posición, imposibilitándole cualquier posible defensa) intenciones y motivaciones que no tienen el menor fundamento, y que no son sólo falsas, sino incluso demenciales y absurdas; se crean mitos políticos carentes de base racional usando los poderosos recursos de la propaganda.

Pero **la Historia no es como nos la cuentan**. Aquí, como en otros muchos casos, los hechos ocurrieron de manera muy diferente al que nos trasmite el relato oficial u oficioso, y su significado es muy otro que ese que se nos ofrece, o se nos impone, de manera tan insistente, tan convincente a fuerza de repetir una y otra vez el mismo mensaje.

Lo cual no debería extrañarnos ni llamarnos a escándalo. Sabiendo, como sabemos, que nos encontramos en pleno Kali-Yuga, más aún en su fase terminal, y que uno de los rasgos que definen el ambiente dominante en el Kali-Yuga es el triunfo de los contravalores, entre ellos el de la mentira y el desprecio o distanciamiento de la verdad, dicho fenómeno de la deformación y manipulación de los hechos históricos no nos puede sorprender lo más mínimo. Antes al contrario, se impone como una consecuencia elemental y evidente de la fase cíclica en que nos encontramos.

El Kali-Yuga es, por definición, según las enseñanzas de la Sabiduría universal, **la era de la mentira, de la hipocresía, de la falsedad y de la infamia**. Admitido esto, ¿resulta concebible que respondan a la verdad las interpretaciones que se nos ofrecen sobre los acontecimientos acaecidos en los últimos tiempos? ¿Habrà alguien que admita como cierto y fidedigno lo que le llega a través de los medios de comunicación con respecto a un suceso de tal gravedad y trascendencia como una guerra mundial? ¿Seremos tan incautos que nos atrevamos a afirmar que hay que creer de forma ciega y acrítica lo que se nos cuenta y trasmite de forma sospechosamente unánime? ¿Podemos esperar que nos sean relatadas las cosas con una total veracidad y que la verdad sea el criterio seguido a la hora de informar y relatar los hechos? ¿Tiene lógica confiar en que los juicios y las ideas sobre la Historia más reciente que circulan de forma general, y que se nos imponen de forma machacona y repetitiva por la propaganda, reflejen de manera fiel la verdad de lo sucedido y nos iluminen al respecto?

Sería absurdo pensar que en esta era mendaz y falsaria nos van a servir la verdad en bandeja. En el mundo actual no es fácil dar con la verdad, y menos en temas tan sensibles, tan delicados y complejos, tan política o ideológicamente estratégicos, tan susceptibles de levantar ampollas y herir susceptibilidades, como este que ahora nos ocupa. Sólo un iluso puede creer que quienes nos dirigen se afanan por buscar y comunicarnos la verdad, por nuestro bien, para nuestra mejor formación y para hacernos más libres. **La verdad es hoy, más que nunca, un tesoro oculto** (intencionadamente ocultado), un filón áureo que hay que buscar abriéndose paso entre la maraña, la basura y la ganga que lo oculta. Tendremos que esforzarnos para encontrarla. **Quien quiera saber la verdad, tendrá que armarse de valor, de inteligencia, de tesón y paciencia**. Tendrá que trabajar y esforzarse mucho para llegar a descubrirla. No será fácil hallarla bajo el cúmulo de inmundicia que sobre ella se ha ido depositando a lo largo de los años de forma malintencionada, metódica y planificada. La verdad no nos la va a regalar nadie hoy día. Hoy, más que nunca, **la verdad supone una dura conquista**: cuesta mucho encontrarla, conocerla, entenderla (en todos sus aspectos y matices), aceptarla, digerirla, asimilarla y poseerla (hacerla propia, convertirla en parte de nuestro ser).

Para que la verdad resplandezca y venga a nuestro encuentro en estos tiempos rudos, tan llenos de confusión y oscuridad, hay que recorrer un difícil camino, un camino sembrado de trampas, obstáculos y dificultades, plagado incluso de minas ocultas que pueden estallar bajo nuestros pies al pisarlas. Buscar la verdad, cultivar la verdad, defender la verdad, mostrar y difundir la verdad es hoy tarea ardua, que requiere muchos sacrificios. Quien no esté dispuesto a recorrer el difícil camino que a la verdad conduce, quien no esté dispuesto a sufrir en el empeño, mejor será que abandone y siga el camino trillado por el que transita la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos. Tendrá que resignarse a vivir engañado, manipulado y teledirigido, consumiendo las “verdades” y los “dogmas” oficiales, o sea, los engañosos que configuran el ilustrado y liberador bagaje de la corrección política.

Por otra parte, hay que tener en cuenta el certero aforismo, según el cual **la primera víctima de una guerra es la verdad**. Sentencia tantas veces repetida pero tan escasamente aplicada de hecho a la hora de relatar y enjuiciar los conflictos bélicos que han afligido a la Humanidad durante el siglo XX. Un aserto indubitable, que nadie en su sano juicio y con visión certera de la realidad podría discutir, y que encierra una gran verdad, sin duda molesta e incómoda para muchos, pero que deberíamos asimilar bien, comprender a fondo y tener siempre presente.

En efecto, la constatación que se impone al analizar los hechos es que la verdad se ve arrollada y queda hecha trizas por la violencia misma de la guerra. La primera cosa que queda destruida y aniquilada por los efectos demolidores de la guerra es la verdad misma, que queda sepultada bajo las consignas y los lemas de los contendientes, que queda desgarrada por las interpretaciones propagandísticas sesgadas, triturada por las pasiones desatadas por la lucha a muerte entre naciones o entre posiciones ideológicas enfrentadas, así como por el odio que acompaña a la salvaje furia guerrera.

La verdad viene a ser como una mujer violada, ultrajada y asesinada en el fragor y el furor de los combates. El cadáver de la verdad, martirizada y desgarrada, brutalmente desfigurada y violentada, es lo que ante todo nos encontramos al aproximarnos a cualquier enfrentamiento bélico con deseo de conocerlo y comprenderlo. Lo que observa cualquiera que decide estudiar con afán de veracidad los grandes conflictos bélicos del siglo XX, para saber qué fue lo que realmente ocurrió y cómo ocurrió, es que tanto en los campos de batalla como en los despachos desde los que se declara la guerra y se dirige el esfuerzo bélico están presentes y desperdigados por doquier los restos de ese cadáver no visible pero no menos tétrico y real, que nos golpea en el rostro: el cadáver de la verdad, el cadáver de la realidad pura y limpia, el cadáver de la visión imparcial y ecuánime que nos permitiría ver las cosas con toda claridad tal como fueron.

A los contendientes de uno y otro bando les importa un bledo la verdad. Lo único que les importa es derrotar al enemigo, aplastarlo y destrozarlo, acabar con él. Y para ello se manejarán todas las argucias que sean necesarias, se recurrirá a todos los embustes y mentiras que exijan las circunstancias. La verdad es sacrificada a los fines políticos, militares e ideológicos, que son los que tienen primacía absoluta. La veracidad y la exactitud de los hechos acaecidos quedarán inmoladas en el patíbulo de los intereses partidistas y espurios de cada facción, para así poder ofrecer los mejores argumentos con los que justificar su causa, sin importar lo más mínimo si tales argumentos son falsos o no.

El relato fidedigno de los hechos, el atenerse a lo realmente sucedido, la exactitud y fidelidad en la descripción de los acontecimientos, la conformidad de lo que se trasmite o se cuenta con lo que realmente pasó, son cosas que desaparecen y se pierden por completo en el fuego, el humo, la bruma y la tiniebla causados por las pasiones que acompañan al estallido de la guerra. Movidos por el odio, por el partidismo y el fanatismo ideológico, los hombres no sólo matan y ordenan matar, no sólo destruyen y mandan destruir; también mienten y mandan mentir.

Mienten los medios de comunicación que crean la llamada “opinión pública”, los órganos editoriales y audiovisuales que conforman la mente de la sociedad. Mienten los intelectuales y los líderes religiosos que se pliegan a las consignas y las directrices de la ideología dominante. **Mienten los pueblos y los gobiernos cuando de ellos se apoderan el odio, el fanatismo y el furor bélico**. Más aún, a los pueblos, convertidos en masa y en carne de cañón, les gusta que les mientan, sobre todo cuando se trata de atacar y denigrar al odiado adversario, cuando se da la oportunidad de aplastar, envilecer y humillar al enemigo vencido.

El engaño, la falsificación y la mentira son los criterios imperantes en los momentos de grave crisis social y en los enfrentamientos bélicos, cuando se desatan las peores pasiones. Y esto es tanto más cierto en conflictos de tal envergadura, de tan descomunales dimensiones, con tales implicaciones políticas e ideológicas, en los que se ventilan y entran en pugna tantos y tan enormes intereses, como han sido las dos guerras mundiales, la de 1914 y la de 1939. Quienes no han vacilado en inmolar millones o cientos de miles de vidas humanas en la gran carnicería ¿van a preocuparse por la posibilidad de que se deforme, se inmole o asesine a la verdad?

A ello se añade **la fuerza y el enorme desarrollo que han adquirido las técnicas y los medios de propaganda** durante el siglo XX, con una influencia creciente en la deformación y manipulación de la realidad, con un poder cada vez mayor en la conformación de las mentes y con una penetración que resulta realmente invasora de la vida cotidiana. **La propaganda**, junto con las ideologías a cuyo servicio trabaja, **es uno de las principales fuerzas responsables del avance de la mentira** en el mundo moderno. Con los inmensos y poderosos recursos que pone a su disposición la técnica moderna, la maquinaria propagandística posee una increíble capacidad no sólo para fabricar “verdades” (mentiras camufladas como verdad aparente; embustes presentados como realidades incontestables; interpretaciones prefabricadas, sesgadas o completamente falsas; juicios, valoraciones y criterios inexactos, torcidos, fraudulentos o inicuos), sino que además es capaz de hacernos creer que los juicios, las ideas, las opiniones, las interpretaciones y los criterios que nos inculca, trasmite o impone son en realidad de nuestra propia cosecha, los hemos encontrado, ideado y forjado nosotros mismos, por nuestra propia y libre iniciativa, sin ninguna influencia ajena.

El aparato mediático o maquinaria propagandística es hoy día tan potente, eficiente y convincente que, como comprobamos a diario, es capaz de convencer a aquellos que son objeto de su obscena manipulación o intoxicación de que no están siendo convencidos ni manipulados. Más aún, que nadie pretende convencerles ni les puede convencer de nada; pues no hay poder que les pueda persuadir ni disuadir, manipular ni intoxicar, inculcar nada ni inducir a nada, ya que son ellos quienes piensan por sí mismos, quienes deciden todo y quienes detentan las riendas del poder, siendo en definitiva los amos de la situación, los dueños y responsables últimos de lo que se piensa, se dice y se hace.

La propaganda posee asimismo un enorme poder para atizar el odio entre las naciones y los grupos humanos. No hay un mayor y más eficaz medio para despertar, estimular y potenciar el resentimiento, el rencor, la hostilidad, la animadversión, la discordia y el enfrentamiento violento. Algo en lo que resulta especialmente hábil, como pudo comprobarse en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial y sigue comprobándose en la actualidad, con su obstinación en alimentar y mantener vivos los rescoldos del odio que todavía siguen existiendo sin que se preocupe realmente de apagarlos, cosa que únicamente será posible mediante la verdad, la ecuanimidad y la justicia.

Esperar que los vencedores de un enfrentamiento tan sangriento como el de la Primera Guerra Mundial, **dueños y señores de los resortes de la propaganda** (tan mundial, por su ámbito y poderío, como la guerra misma de que hablamos), **nos ofrezcan un relato verídico y ecuaníme** de lo acontecido y se avengan a conseguir una interpretación fiel de los hechos que han tenido lugar en ese escenario sangriento, en el que se ha sacrificado y violentado todo, **es una quimera**. Creer que tras su triunfo va a resplandecer la verdad como el sol de un nuevo día, y con ella el espíritu de unidad, de pacificación y reconciliación, constituye una ilusa pretensión.

En casos como el que estamos considerando, la deformación de la verdad alcanza tal nivel e intensidad, que la visión objetiva, justa y ecuaníme de los hechos se hace casi imposible para una persona bienintencionada que quiera conocer y analizar este importante capítulo de la Historia europea y mundial. Es tal el cúmulo de embustes, mentiras, medias verdades, falsificaciones, ocultaciones y manipulaciones malévolas, que se hace muy arduo el poder llegar a tener una percepción clara y exacta de lo que realmente ocurrió. No es cosa fácil el perforar esa costra deformante y envilecedora para llegar al meollo de la realidad que uno desearía ver sin tapujos. Y por eso muchos desisten de hacerlo, no atreviéndose siquiera a intentarlo.

Los españoles, que hemos sufrido desde el siglo XVI las sucias y viles mentiras de la Leyenda Negra, deberíamos estar suficientemente aleccionados al respecto como para no dejarnos engañar por la propaganda moderna, mucho más poderosa y eficaz que la de entonces, sea cual sea el asunto al que se refiera y sobre el cual exija nuestro asentimiento.

La visión burdamente maniquea que se ha impuesto en la interpretación de las dos guerras mundiales y **que divide a los bloques enfrentados durante el conflicto en buenos y malos**, siendo los buenos precisamente aquellos países que se integran en el bando vencedor, mientras que los malos son sus enemigos, las naciones vencidas, sobre las cuales se hace recaer la culpa de todo, **es ridícula y pueril**. Tan ridícula y pueril que únicamente podía imponerse y ser aceptada en un mundo dominado por el infantilismo, caracterizado por una mentalidad aniñada e inmadura, como actualmente ocurre. Una mentalidad ésta, infantil o pueril, ilusa y atolondrada, caprichosa y fácilmente maleable, que los poderes fácticos y anónimos que rigen la sociedad moderna se cuidan muy mucho de adular, fomentar, mantener y consolidar por todos los medios. Echar la culpa de una guerra a los vencidos es un procedimiento no sólo injusto, irracional e inaceptable, sino además vil, mezquino y miserable.

Como han señalado reiteradamente algunos representantes de la tradición budista, **una de las virtudes de las que más necesitado está el mundo actual es la ecuanimidad**. Si en el mundo hubiera más ecuanimidad, no se darían muchas de las cosas lamentables o abominables que vemos todos los días, tanto en la vida pública como en la privada, tanto en el plano nacional como en el internacional. Guiados por esta ecuanimidad trataremos de profundizar en la materia y llevar a cabo todas estas reflexiones que aquí vamos a ir desgranando.

Aunque la propaganda se empeñe en inculcarnos lo contrario, **la Gran Guerra, además de cruel, aterradora y devastadora, fue una guerra absurda, innecesaria e inútil**, que podía haberse evitado y debería haberse evitado, al igual que la que vendrá después y que será su continuación y culminación. Es esta una idea que empieza a abrirse paso en algunos de los países contendientes en dicha guerra, como por ejemplo los Estados Unidos.

La Guerra del 14 sólo sirvió para satisfacer intereses mezquinos, abyectos e inhumanos. Fue una guerra que acarreó infinidad de destrucciones, provocó enormes sufrimientos y costó millones de vidas humanas. Su triste cosecha fue, entre otras muchas pérdidas, la de cerca de diez millones de muertos que murieron por nada y para nada. Una lúgubre cosecha a la que hay que añadir la de cientos de miles de heridos graves, de mutilados, de lisiados y de enfermos irrecuperables (tanto físicos como síquicos). Aun cuando aparentemente su desenlace beneficiara a ciertas naciones, la Guerra del 14 acabó siendo desastrosa y ruinoso para todas ellas. Y fue sobre todo, y sin lugar a dudas, ruinoso y funesto para la Humanidad en su conjunto.

3.- Una guerra mundial

La chispa que prende la mecha en un ambiente ya de por sí bastante tenso entre las diversas potencias europeas, provocando el estallido de la guerra, fue, como ya ha quedado dicho, el asesinato del heredero del Imperio Austrohúngaro, el Archiduque Francisco Fernando, y su esposa, durante la visita que ambos realizaban a Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, el 28 de Junio de 1914. El ejecutor del magnicidio fue un fanático nacionalista serbio que actuaba en connivencia con el gobierno y los servicios secretos de Serbia, la belicosa nación eslava de los Balcanes.

Bosnia-Herzegovina había sido anexionada por el Imperio Austrohúngaro con la oposición y la hostilidad abierta de Serbia, que se consideraba con derecho a esta región por razones históricas, étnicas y culturales, y que se veía por otra parte amenazada con el aumento territorial del Imperio de los Habsburgo, cuyas fronteras se extendían así, al anexionarse la región bosnia, de forma preocupante, pues empezaban a rodear por el Oeste al Reino de los serbios, cerrándole además una posible salida al Mar Adriático.

La sucesión de acontecimientos que desembocan en la guerra, tras el atentado de Sarajevo, se puede resumir así: el 28 de Julio, un mes después de la muerte del archiduque austriaco, Austria-Hungría, al no haber sido atendido el ultimátum que dio al gobierno serbio, declara la guerra a Serbia; el 29 de Julio Rusia ordena la movilización de su ejército en señal de apoyo a Serbia; el 31 de Julio Alemania exige a Rusia que detenga la movilización; al no responder Rusia a tal exigencia, el 1 de Agosto Alemania declara la guerra a Rusia; el 4 de Agosto Inglaterra declara la guerra a Alemania; el 12 de Agosto Inglaterra y Francia declaran la guerra a Austria-Hungría; el 12 de Agosto se inician las hostilidades al ser invadida la nación serbia por las tropas austrohúngaras.

Las llamas del enfrentamiento armado se van extendiendo rápidamente por toda Europa, como si de un gigantesco incendio se tratara. Y esas llamas se irán propagando después a otros continentes. La guerra comenzó siendo un conflicto europeo y acabó convirtiéndose en una auténtica guerra mundial con la entrada en la misma de los Estados Unidos e incluso de algunas naciones de otros continentes, como el Japón en Asia y Australia en Oceanía. Por otra parte, no hay que olvidar las importantes posesiones coloniales que varias de las naciones en conflicto poseían en África, con lo cual la guerra se extendería a las más diversas zonas del continente negro.

No hay que olvidar tampoco que Inglaterra, aparte de sus colonias en los diversos continentes, tenía sólidos vínculos con países de otros continentes que forman parte de su Imperio, pero que gozan de amplia autonomía, en una situación de casi independencia, y que están habitados por una población predominantemente de origen inglés, como Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, todos los cuales se declaran a su favor y luchan a su lado.

La Gran Guerra de 1914 fue, pues, una guerra mundial, la primera que merece este calificativo, tanto por su ámbito de expansión como por sus efectos. No sólo se vieron envueltos en ella países de los cinco continentes, sino que la repercusión del conflicto y sus consecuencias se harían notar a escala planetaria. Nunca hasta entonces se había visto una guerra de tales dimensiones.

Además de luchar en Europa, centro principal de la guerra, donde muy pocos países neutrales quedan al margen del conflicto (España, Holanda, Luxemburgo, Suiza y los países escandinavos), se combate en África, Asia y Oceanía. Únicamente el continente americano se verá libre de los choques bélicos, al fracasar los intentos de Alemania por implicar a México en una posible guerra con los Estados Unidos, con la promesa de recuperar los territorios que le habían sido arrebatados por los yanquis (California, Arizona, Texas y Nuevo México). Aparte de los Estados Unidos, el único país americano que declara la guerra a Alemania es Brasil, que ha visto hundidos algunos de sus barcos mercantes por los submarinos alemanes.

En un principio se enfrentan, por un lado, los dos Imperios centrales, Alemania y Austria-Hungría, a los que se unirá en seguida el Imperio otomano y más tarde el reino de Bulgaria, y en el lado opuesto, “los Aliados” o la Entente, grupo formado por Serbia, Francia, Gran Bretaña y Rusia, a los que no tarda en unirse el Japón. Más adelante se irán uniendo a uno u otro bando del conflicto diversas naciones europeas: Bélgica, que deseaba mantenerse neutral, se ve arrastrada a la guerra ya en 1914 al ser amenazada e invadida por Alemania; Italia entra en la guerra en 1915 (cuando también lo hace Bulgaria); Rumanía y Portugal lo hacen en 1916; Grecia y los Estados Unidos se incorporan finalmente al esfuerzo bélico aliado en 1917.

Los ingleses consiguen, por ejemplo, convencer a los rumanos para que ataquen a los búlgaros y así verse aliviados de la presión que ejercen sobre ellos en el Sur de la Península balcánica, y especialmente en Serbia y Grecia, adonde han enviado un cuerpo expedicionario que, junto con tropas francesas, tratan de acudir en ayuda de los serbios, pero han de retirarse ante la ofensiva del ejército búlgaro. A Rumanía se le prometen amplias compensaciones territoriales, sobre todo a costa de Hungría, con la anexión de Transilvania y otros territorios con una importante población rumana.

En la guerra se ve también envuelto, por los lazos de todo tipo, étnicos e históricos, que le unen con Serbia, el pequeño reino adriático de Montenegro, limítrofe con la nación causante del conflicto. Una nación que, aunque pequeña, posee una gran tradición guerrera, con una población muy aguerrida y combativa, al igual que el resto de los pueblos que habitan en los Balcanes. Montenegro, como país eslavo, de etnia y cultura serbia, será un fiel aliado de Serbia durante toda la guerra.

En algunos países la entrada en la guerra, al lado de uno de los bandos contendientes, provoca serios conflictos, estando incluso al borde de una guerra civil. Es el caso de Grecia, país en un principio neutral, donde el Rey Constantino es decididamente germanófilo, mientras que el primer ministro, Eleferios Venizelos, se declara a favor de los Aliados, lo cual le lleva a permitir que desembarque en Salónica el ejército anglo-francés a que antes hemos hecho referencia y que tiene el propósito de llegar a Serbia a través de Macedonia. A causa de tal decisión, Venizelos es destituido por el rey, ocasionando así una grave crisis política, en la cual el país queda dividido en dos bandos enfrentados. Las fuerzas inglesas y francesas intervienen en el conflicto para apoyar a Venizelos. Los barcos de guerra franceses y británicos bloquean los puertos griegos y amenazando incluso con bombardear varias ciudades griegas. Algunos barcos franceses llegan a disparar contra el palacio real heleno. Finalmente, ante tales presiones, Venizelos gana la partida: el monarca heleno se ve obligado a abdicar y Grecia acaba entrando en la guerra al lado de la Entente en Junio de 1917.

En Sudáfrica, varios dirigentes bóers, héroes en las guerras que años atrás habían librado los afrikáners contra los ingleses, entran en contacto con el África del Sudoeste Alemana y se sublevan contra el gobierno de Louis Botha, quien apoya la guerra contra Alemania. Los líderes bóers rebeldes, entre los que destacan Solomon Martiz y Christiaan de Wet, se proponen hacer de Sudáfrica una república independiente, libre de la tutela británica y aliada o al menos simpatizante de Alemania, pero son derrotados en 1915 por los ejércitos fieles al gobierno, dirigidos por Jan Smuts.

En Asia la guerra tendrá un especial desarrollo y adquirirá una importancia capital sobre todo en el Oriente Próximo, dado que es en esa región donde se extendían los principales dominios que aún estaban en poder del ya menguado Imperio turco. En esa zona tienen lugar serios enfrentamientos entre las tropas turcas, asesoradas y apoyadas por unidades alemanas, y los ejércitos ingleses de colonias contiguas al Imperio otomano, como Egipto o Adén, y otras tropas venidas de la India. En un primer momento, las tropas anglo-indias son derrotadas por los turcos en Mesopotamia (el actual Irak), mientras que la tentativa de los turcos por llegar al Canal de Suez fracasa ante la resistencia anglo-egipcia. Los ingleses acabarían, no obstante, ocupando Irak, llegando hasta Bagdad, mientras tratan de atraerse la colaboración o las simpatías de Persia.

Tras los primeros choques, no muy exitosos, la estrategia inglesa se centra en enfrentar a los pueblos árabes contra sus dominadores turcos. Tarea en la que jugó un papel destacado el célebre oficial inglés Lawrence de Arabia, que consigue unir a las tribus del desierto y llevarlas a la victoria sobre sus antiguos amos otomanos. Los árabes se sentirán luego traicionados por Inglaterra, al no cumplir ésta su promesa de apoyar la creación de un estado árabe independiente y mostrar simpatía hacia el proyecto sionista de crear un estado judío en Palestina.

Los alemanes habían considerado que la alianza con Turquía podría suponer una baza importantísima en la lucha contra el Imperio británico, ya que si el Sultán turco, como califa y jefe religioso de los musulmanes, declaraba una guerra santa contra Inglaterra y sus aliados, esto podría suponer un golpe decisivo para las posiciones tanto inglesa como francesa y rusa, dado que en sus territorios y sus colonias existía una masa de millones de musulmanes. Una rebelión de la población islámica sometida a Inglaterra, Rusia y Francia podía poner a estos países en serios aprietos. De hecho, las fuerzas indias de guarnición en Singapur se sublevaron y masacraron a sus oficiales ingleses. Pero la ansiada rebelión islámica no se produjo. El ataque a Egipto fracasó, pues las masas egipcias no secundaron la llamada a la rebelión contra los ingleses.

Intervino también en los combates que tuvieron lugar en el Próximo Oriente un ejército de voluntarios judíos, punto este que es interesante destacar por la importancia que tendrá en desarrollos futuros de la región, aunque no suele mencionarse. Ya en 1916 participa en la célebre batalla de Gallípoli, luchando contra los turcos junto a los ingleses, bajo el mando del Coronel J. H. Patterson, un batallón judío, el llamado *Zion Mule Corps*, integrado por 600 voluntarios y del cual es capitán el líder sionista Josef Trumpeldor. Mucho más importante va a ser la intervención de la "Legión Judía", fundada en 1917 por Vladimir Jabotinsky, destacado dirigente sionista de origen ruso, que más tarde, después de la guerra, creará la organización terrorista Haganá. La Legión Judía, formada por los supervivientes del *Zion Mule Corps* y por judíos provenientes de diversos países, llegará a contar con 5.000 soldados y tendrá un papel destacado en las campañas de Lord Allenby contra los turcos, participando en la conquista de Palestina en 1918, con la consiguiente entrada triunfal en Jerusalén.

En el Extremo Oriente Inglaterra presiona al Japón para que ataquen los enclaves alemanes situados en las costas de China, desde cuyos puertos opera la flota alemana del Pacífico poniendo en serio peligro los transportes marítimos ingleses. Los japoneses asedian la fortaleza de Tsingtao, que protege el enclave alemán de Chaitow, situado en el Nordeste de China, que resiste durante varios meses el asedio. Es curioso ver a los japoneses enfrentándose con los que años más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, serán sus aliados como integrantes ambos del Eje.

También China, que inicialmente adopta una postura de neutralidad, termina volcándose en apoyo de los aliados, llegando a enviar miles de trabajadores a Francia para ayudarla en su esfuerzo bélico. Más de 2.000 chinos mueren en tierras francesas a consecuencias de bombardeos, privaciones y enfermedades. Con este apoyo a los Aliados China esperaba se le redujeran las fuertes compensaciones que tenía que pagar a las potencias europeas por la guerra de los Bóxers. Sin embargo, su temor a la creciente penetración japonesa iba en aumento, de manera justificada, dadas las promesas hechas por los aliados al Japón de entregarle determinadas zonas de China, y acabaría acentuando el ya existente enfrentamiento de este gran país asiático con el Imperio del Sol Naciente.

En el continente africano la guerra no tuvo demasiada relevancia. No se registran grandes enfrentamientos, pero sí habrá gestas dignas de mención, con una asombrosa defensa de ciertos baluartes, con golpes de mano audaces, con escaramuzas y guerras de guerrillas. Hay que tener en cuenta que Alemania disponía de varias colonias, algunas de considerable extensión, en África: Camerún, Togo, África Oriental alemana (lo que después serán Tanganica, Ruanda y Burundi) y África del Sudoeste (hoy Namibia). En la heroica lucha de los alemanes en África destaca, por las dificultades de todo tipo a las que tuvo que hacer frente, la gesta del Teniente Coronel Lettow-Vorbeck, quien, al frente de sus fieles *askaris*, tropas aborígenes de raza negra, consiguió hostigar a los ingleses y ocasionarles serios quebraderos de cabeza con audaces acciones guerrilleras, moviéndose a través del continente africano con una agilidad asombrosa. Hubo también algunas operaciones navales, como las que tuvieron por protagonista al crucero alemán *Königsberg*, que operaba en las costas del África Oriental, y que acabó siendo hundido por la marina británica en 1915.

Es preciso señalar que Alemania poseía también numerosas colonias en Oceanía y las islas del Pacífico, como por ejemplo: parte considerable de Nueva Guinea, Samoa, Nauru, las islas Carolinas, Marshall y Salomón. Todas estas posesiones serán atacadas por japoneses, australianos y neozelandeses, ansiosos de aumentar sus territorios a costa de los restos del Imperio alemán en estas lejanas regiones del planeta. También aquí se producirían tensiones entre los aliados por la desconfianza de australianos y neozelandeses hacia el imperialismo japonés, cuya extraordinaria expansión hacia el Sur veían como una temible amenaza.

Por lo que se refiere a América, los Estados Unidos declaran la guerra a Alemania en 1917 tras derrumbarse la Rusia zarista con el golpe que supuso la revolución comunista. Aunque hasta entonces los Estados Unidos habían mantenido oficialmente una posición neutral, el gobierno norteamericano se había mostrado claramente favorable a los Aliados, a los que apoyó por todos los medios, enviando armas, pertrechos y material. Desde el hundimiento del *Lusitania* existía en el pueblo americano un fuerte sentimiento antialemán, a lo que se añade que el Presidente Wilson no era precisamente favorable a los Imperios Centrales, dada su ideología pacifista y progresista.

Con la definitiva retirada del aliado ruso, cuyo antiguo poder imperial resultaba aborrecible para el progresismo de Wilson, desapareció uno de los principales obstáculos para que Estados Unidos entraran en la guerra, que ya entonces podía presentarse más fácilmente como una guerra de las democracias occidentales contra el militarismo y el autoritarismo opresor de los Imperios que dominaban el centro de Europa. A ello se añadió la presión de Inglaterra, que pedía insistentemente la intervención norteamericana en la guerra, ya que su situación en el frente europeo no era demasiado halagüeña, sobre todo desde la desertión de Rusia. Los argumentos esgrimidos por Wilson para declarar la guerra a Alemania (la guerra submarina de los alemanes, con el hundimiento del *Lusitania*; el intento de enfrentar a México con su vecino del Norte; las atrocidades alemanas, etc.) fueron en realidad pretextos para justificar una decisión que ya se había tomado de antemano. La intervención norteamericana va a inclinar la balanza a favor de franceses y británicos, que parecían tener las cosas muy en su contra, decidiendo así la suerte definitiva de la guerra.

Como puede apreciarse, el mundo entero se vio implicado en esta terrible guerra. Aparte del gran número de países que en ella participaron, hay que tomar nota de los pueblos y etnias tan diversos que lucharon en uno u otro bando. Gentes de todas las razas tomaron parte en la llamada Gran Guerra: desde hombres de raza amarilla (japoneses, chinos) a negros africanos (senegaleses, nigerianos, congoleños, bantúes, zulúes, somalíes, sudaneses); desde árabes a vietnamitas; desde melanesios a magrebíes (argelinos, marroquíes, tunecinos); desde malgaches a indios (tanto musulmanes como hindúes o sijes); desde turcos a judíos sionistas; desde nepalíes a bóers sudafricanos. Este mosaico de razas en combate da idea del alcance mundial que tuvo la Gran Guerra.

Próximas entregas [o próximos capítulos]:

- 4.- Una guerra total, con un impacto global.
- 5.- Causas de la guerra.
- 6.- La fiebre nacionalista.
- 7.- El internacionalismo progresista.

ÍNDICE

- 1.- Centenario lamentable y sangriento.
- 2.- Necesidad de una visión objetiva y ecuánime.
- 3.- Una guerra mundial.
- 4.- Una guerra total, con un impacto global.
- 5.- Causas de la guerra: las ideologías modernas y el culto al poder material
- 6.- Las tensiones nacionalistas.
- 7.- El internacionalismo progresista.
- 8.- Antecedentes más inmediatos.

- 9.- El horror de la guerra industrial.
- 10.- La Naturaleza martirizada: caballos de guerra.
- 11.- La Paz de Versalles.
- 12.- Odio de Europa hacia sí misma: la propaganda antialemana.
- 13.- Interpretaciones espurias y fraudulentas [deformaciones propagandísticas].
- 14.- Consecuencias de la Gran Guerra.
- 15.- Auge de los nacionalismos.
- 16.- La Segunda Guerra Mundial.
- 17.- Los Sudetes y Danzig, herencia envenenada de la Guerra del 14.
- 18.- La germanofobia, potente espoleta belicista y genocida.
- 19.- El mundo actual, fruto y heredero de la catástrofe.

NOTA: Este índice puede sufrir alguna alteración, con la introducción de algún nuevo apartado o la supresión de alguno de los reseñados, si así lo exigiera el desarrollo de la materia.

www.antonimedrano.net